El capitan Thompson, sin embargo, que debia acompañar á Julia, bebió muy poco por temor de que se le subiera á la cabeza.

Otra razon habia para que el capitan se abstuviese de cometer ningun esceso, y era este su deseo de complacer á la Signora Aurelia, que aunque no jóven, era muy amable y bien parecida. La amiga de Silvia estaba muy agradecida á las atenciones que la manifestára el capitan durante la tormenta, y correspondió á las muestras de simpatía del galante y honrado marino.

Acabado el banquete, en el que, como era de esperar, reinó la mayor armonía, Julia y sus compañeros pidieron permiso para retirarse, y se despidieron de sus nuevos amigos deseandoles toda clase de felicidades.

En el camino anunció Manlio que cuando volviese á Roma haria una estátua de mármol que representase á la hermosa Julia como Anfitrites, guiando un Triton; Aurelia y Thompson iban absortos en sus pensamientos, y así llegaron nuestros viageros á bordo del buque, acompañados de los vecinos del pueblo que les obsequiaron con una alegre música.

CAPITULO XXXIX.

El recluso.

En el archipiélago italiano, que bien puede decirse empieza en el sur de Sicilia, y se estiende por el norte hasta Córcega, se encuentra una isla casi desierta donde se elevan inmensas rocas de granito, al pié de las cuales se deslizan cristalinas corrientes; la vegetacion aunque rica, no se desarrolla mucho por que los vientos tempestuosos impiden que los árboles lleguen á su mayor altura, pero en cambio el clima es muy saludable, y las plantas que crecen en las rocas, exhalan una suave fragancia que perfuma el ambiente.

El ganado que pasta en los promontorios de la isla, es poco numeroso pero muy robusto, y lo mismo sucede con los habitantes, que aun cuando no viven en la abundancia, se proporcionan sin embargo lo suficiente con la caza y la pesca, que constituye su único artículo de comercio.

Siendo el número de habitantes muy reducido, no se necesita allí policía ni gobierno, y la ausencia de los curas es uno de los

mayores beneficios de que disfruta la isla, donde se reverencia á Dios con la pureza de las costumbres, donde no hay mas templos que la celeste bóveda ni mas altares que las verdes praderas.

El jefe de la principal familia que reside en aquella isla es, como otros hombres, uno que ha conocido la prosperidad y la desgracia, y aunque tambien tiene sus faltas, ha servido lealmente á la causa del pueblo; como cosmopolita, le gustan todos los paises mas ó menos, pero Italia y Roma son el primer objeto de su adoracion.

Aborrece al clero porque le considera como una institucion perjudicial, pero si los que á él pertenecen se despojasen de su hipocresía y de su mala fé, adoptando una carrera mas noble cuando no tienen vocacion para la que siguen ni saben enseñar á los hombres á perdonarse mutuamente sus ofensas, les profesaria seguramente el mayor efecto. Aunque los ódia como sacerdotes, los compadece como hombres, por que los primeros no son para él sino los asesinos del alma, mucho mas temibles aunque los del cuerpo, y aunque ha creido siempre que los pueblos se ennoblecerian, haciendo respetar sus derechos, forzoso le ha sido juzgar de otro modo, pues mas de una nacion que se habia proclamado libre, se ha dejado luego avasallar por los representantes del despotismo.

Ese hombre, sin embargo, no pierde la esperanza de que se mejore la situacion de la humanidad, por muy lento que sea el progreso; considera que los mas temibles enemigos de la libertad del pueblo, son esos doctrinarios democráticos que han aconsejado y aconsejan todavía la revolucion, no como un remedio radical, sino como una perturbacion que puede redundar en su beneficio, y cree, en fin, que esos mismos mercenarios han sido la causa de la destruccion de muchas repúblicas, así como tambien de que se mire con prevencion ese sistema de gobierno.

Opina tambien que la libertad de una nacion consiste en que el pueblo elija su propio gobierno, y en que se encargue de la direccion de éste un solo hombre. A una institucion semejante debió su grandeza el pueblo mas heróico del mundo, y desgraciados de aquellos que en vez de un Cincinato prefieren un César. La Dictadura debe limitarse á un período fijo, sin prolongarla sino en casos estraordinarios, como se hizo con Abraham Lincoln en la última guerra de los Estados-Unidos, y haciendo respetar siempre los derechos populares se evitará que aquella llegue á ser hereditaria.

El isleño de quien hablamos no es un dogmatista, y adopta la forma de gobierno que desea la mayoría del pueblo, como debia hacerse en todas las naciones, tomando por modelo la Constitucion inglesa. En su concepto, el sistema continental es altamente inmoral, y los gobiernos son responsables de los crímenes que se cometen y de los padecimientos de los pueblos, desde el momento en que, en vez de ocuparse solo de la prosperidad de aquellos, intrigan únicamente para conservar los altos puestos desde donde ejercen su inícuo despotismo. De aquí resulta que esos innumerables funcionarios de todas clases, que devoran los productos de la industria para mantener sus vicios y vivir en la corrupcion, no contentos con lo que basta para un hombre, conspiran para apropiarse cada uno la parte de cincuenta á fin de sostener su lujo y entregarse á los placeres.

Hé aquí tambien porque la parte trabajadora del pueblo se vé sobrecargada de impuestos, y privada de sus mejores hijos, á quienes se obliga á empuñar las armas, bajo el pretesto de que son necesarios para salvar la patria, pero en realidad para sostener una monstruosa y funesta forma de gobierno. Esto esplica porque predomina con frecuencia en el pueblo, el descontento y la miseria.

El estado de contínua guerra en que se halla Europa, demuestra claramente que mal gobernada está; si en cada nacion hubiese un buen sistema de gobierno, cesaria á no dudarlo la lucha, y los pueblos aprenderian á respetar sus mútuos derechos, sin tener que recurrir nunca á las armas.

Deberia formarse una federacion de las potencias europeas por medio de los representantes de cada país, proclamándose como principio fundamental, *que la guerra es imposible y que todas las diferencias y cuestiones que se susciten entre las naciones se arreglarán amistosamente en un congreso internacional.* Solo de este modo se acabaria para siempre con la guerra, esa calamidad pública que aflige á la humanidad; no seria necesario mantener en pié de guerra á numerosos ejércitos, y los hijos del pueblo á quienes se obliga á empuñar las armas para destruirse unos á otros, haciéndoles ver que esto es un deber de patriotismo y que solo así puede adquirirse gloria, permanecerian entre sus familias, dedicándose á la agricultura ó á las artes útiles, verdadera fuente de prosperidad en todo país.

A la isla de que hemos hablado, habia resuelto Julia conducir á sus amigos, pero cuando conoció que Silvia y Clélia no podrian reunirse con ellos á consecuencia de la tempestad, mudó de parecer, y resolvió tocar en aquel punto solo para dar un aviso, volviendo luego al continente á fin de averiguar el paradero de la familia de Manlio.

Comenzaba á despuntar el alba; los primeros albores de la aurora iban tiñiendo poco á poco el horizonte de púrpura y oro; las estrellas palidecian insensiblemente para desaparecer antes que el sol reflejara sobre la tierra sus abrasadores rayos, y la naturaleza, en fin, parecia despertar de un profundo sueño.

El *Seagull*, que se habia hecho inmediatamente á la vela apenas se hubieron embarcado Julia y sus amigos en Porto Longone,

avanzaba rápidamente hácia la isla con todas sus velas desplegadas, impelido por una brisa fresca y agradable, y bien pronto los pasajeros pudieron distinguir á los habitantes, que acudian presurosos á la playa.

El buque de Julia era bien conocido de los isleños, porque la jóven inglesa les habia hecho ya varias visitas, y así es que esperaban ansiosos el momento del desembarque.

Cuando los pasajeros saltaron en tierra fueron recibidos afectuosamente, y habiendo presentado Julia á sus amigos, se les condujo inmediatamente á la habitacion del jefe de la isla, quien despues de obsequiar á sus huéspedes, preguntó con ansiedad á Julia:

—¿Qué noticias podeis darme de Roma? ¿No se ha marchado aun el estranjero? ¿Se vé ya el pueblo libre de los hombres del clero, que le atormentan hace ya tantos siglos?

—Sus penas y miserias no han terminado aun, repuso la jóven inglesa, ni es posible averiguar cuando cesará semejante estado de cosas. Cierto es que se han ido los estranjeros, pero les han reemplazado otros peores, y vuestro gobierno permite que la desgraciada ciudad siga dominada por el clero. Yo, que soy inglesa de nacimiento, pero italiana de corazon, me avergüenzo al deciros que Roma no será la capital de Italia, pues el gobierno renuncia á ello, y el Parlamento se rebaja hasta el punto de sancionar el acta odiosa por la cual se accede á las viles exigencias de un Bonaparte. Italia, cubierta en un tiempo de gloria, se halla ahora humillada de una manera vergonzosa, convertida en un inmundo lupanar.

—¡Oh, Julia! murmuró el jefe de la isla, por cuyas tostadas mejillas se deslizó una lágrima, un pueblo deshonrado es un pueblo muerto, y ya he perdido la esperanza de que esa nacion vuelva á ocupar el puesto que la corresponde.